

## El alza de las pensiones costará 13.500 millones

El año pasado, el Gobierno consiguió de alguna forma mitigar el descontrol sobre las cuentas públicas que habría supuesto actualizar la nómina de las pensiones con el dato de la inflación de final de año y tomó, en su lugar, el del conjunto del ejercicio. Pero, una vez gastada esta bala, ya no tiene opciones: o cercena el poder adquisitivo de las pensiones (algo complicado en vísperas de un año electoral, y más cuando el núcleo duro de la reforma de Escrivá pasa por mantener su poder de compra) o bien las revaloriza con el IPC, con un consiguiente sobrecoste de 13.500 millones de euros, de acuerdo con los cálculos del Banco de España. Y, dado que la cifra servirá de base para el pago de pensiones en los años posteriores, supondrá un gasto de 162.000 millones de euros más a lo largo de la vida de los actuales pensionistas. Esto, junto con el elevado coste de las medidas para parar la escalada inflacionista, que tendrán un coste de seis décimas del PIB pero sólo impulsarán el crecimiento en dos décimas, impedirá el ajuste del déficit. En concreto, la senda proyectada anteriormente planteaba un desfase del 4,8% del PIB este año, seguido del 4% del PIB en 2023 y del 3,4% del PIB el año siguiente, pero el aumento del gasto público hará que el déficit quede en torno al 5% del PIB a lo largo de estos tres años. Y, aunque la inflación servirá para reducir en un primer momento el volumen de deuda en relación al tamaño de la economía nacional, este efecto se agotará en 2022, provocando un repunte de la deuda en los dos próximos años, hasta alcanzar el 113,5% del PIB en 2024, último año de las proyecciones.

no al 9% o 10% a lo largo del segundo trimestre, esperamos que empiece a remitir en el tercero”, señaló Gavilán. Y si a esto se suma un posible desvío del escenario central a raíz de un bloqueo del comercio ruso, una mayor subida de los precios de la energía o el incremento de salarios por parte de las empresas, la escalada puede ser demoledora, pudiendo rebasar el 10% en el conjunto del año (ver información adjunta).

Además, la inflación no es el único gran canal de transmisión de la guerra en Ucrania a la economía española, también hay que tener en cuenta la inversión, muy lastrada por la incertidumbre. “La inversión de las sociedades no financieras acusará en el corto plazo el repunte de la incertidumbre derivado de la guerra, el impacto adverso del aumento de costes de producción sobre los márgenes empresariales y la persistencia de las alteraciones en las cadenas de suministro”, señala el texto, a lo que hay que unir el retraso en la llegada de los fondos europeos, que se agrava ligeramente este año.

### Mejora del empleo

A pesar de todo, la situación actual ofrece una nota positiva si se la compara con la de crisis anteriores, ya que “no tendrá consecuencias duraderas”. Es decir, si se observa la tendencia que el Banco de España dibujaba para el PIB en diciembre y la que esboza

ahora, se ve un fuerte impacto económico este año y el próximo, pero el terreno perdido se empieza a recuperar en 2024, de forma que a final de ese año se vuelve a converger con las proyecciones de hace cuatro meses, con apenas unas décimas de diferencia. En otras palabras, la mayor parte del crecimiento no se pierde, sino que se pospone.

“Aunque vemos una mayor vulnerabilidad del tejido productivo [por las subidas de precios energéticos], no estamos viendo destrucción de empresas ni de empleo de larga duración, por eso no pensamos que la crisis vaya a tener un impacto en el largo plazo”, explicó Gavilán, señalando que “el conflicto no resulta en un deterioro del potencial de crecimiento en el largo plazo”.

La segunda buena noticia es que el crecimiento del empleo se mantiene relativamente firme. “La trayectoria ascendente de las horas trabajadas y del número de ocupados se prolongará a lo largo del horizonte de proyección, aunque en el bienio 2022-2023 su avance será menos intenso que el proyectado en diciembre”, señala el informe. Con ello, la tasa de paro, que el año pasado se situó en el 14,8% de la población activa, caerá hasta el 13,5% este año y seguirá reduciéndose en los ejercicios posteriores.

Editorial / Página 2

# La economía se tambalea

José María Rotellar

El Banco de España ha publicado la revisión de sus previsiones económicas de abril y muestra, claramente, que la economía se tambalea, de manera cada vez más clara, fruto de las múltiples perturbaciones que han aparecido y de los serios problemas estructurales con los que cuenta.

Dichos problemas estructurales son especialmente preocupantes en España, que hace que los desequilibrios sean mayores que en la mayoría de nuestros socios europeos, tal y como muestran los datos.

Así, el Banco de España rebaja el PIB en nueve décimas para 2022 y en un punto para 2023, con una mejoría algo menor para 2024, fruto, esencialmente, de llegar desde un punto de partida muy inferior.

En ese crecimiento merma para 2022, que sitúa en el 4,5% frente al 5,4% estimado en diciembre, hay muchos elementos sumamente preocupantes, que están teniendo un impacto muy profundo en la economía y que sólo ellos rebajan el crecimiento mucho más que el impacto final en el PIB, debido a que suavizan la disminución tanto el gasto público, en dos décimas, como el mejor comportamiento de la contabilidad nacional en el segundo semestre de 2021, que conlleva cierta inercia que minimiza el golpe, pero el resto de elementos son muy preocupantes.

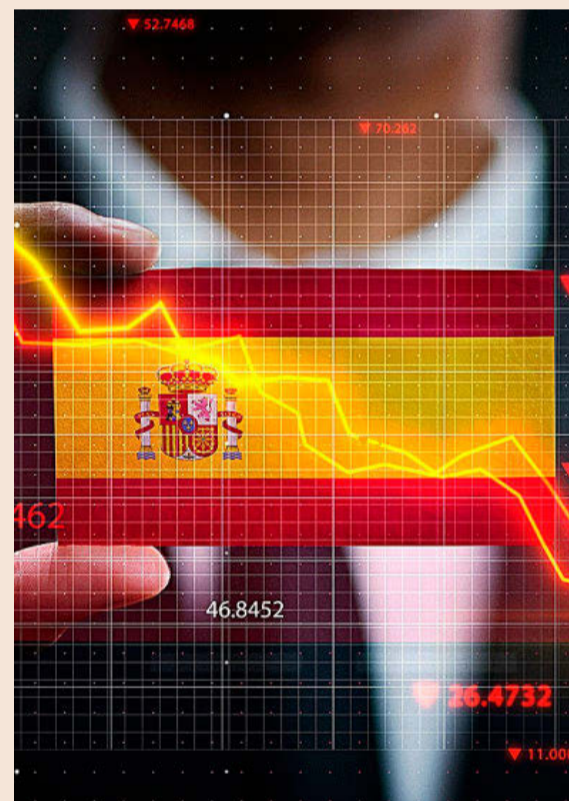
De esa manera, esos otros factores restan dos puntos al crecimiento previsto en diciembre para el presente año. Así, los precios (energía e inflación en general) empeoran el crecimiento en 7 décimas; la confianza e incertidumbre disminuye, y empeora el crecimiento en 6 décimas; los cuellos de botella y los mercados internacionales, por su parte, restan 5 décimas al crecimiento; y los factores financieros disminuyen el crecimiento en 2 décimas más.

Es decir, que si no fuese por un sostenimiento artificial de la economía –la inercia de un mejor comportamiento de lo esperado en el segundo semestre de 2021 y el aumento del gasto público que contribuye a evitar algo la rectificación a la baja–, estaríamos hablando de un crecimiento del entorno del 3,5%, cifra que, probablemente –y desgraciadamente– tengamos que ver cómo se va asentando en próximas revisiones, pues el horizonte no es para nada halagüeño.

Esa menor confianza se deja ver en el empeoramiento del consumo privado en 6 décimas. Por su parte, la inversión muestra una desaceleración importante, al ser 3,3 puntos menor, al pasar de un 7,8% previsto en diciembre a un 4,5% estimado ahora. Ambas variables

muestran la creciente desconfianza que se está apoderando de la economía nacional, con un empeoramiento claro de las expectativas, que lleva a postergar decisiones de consumo e inversión, elementos que mermarán la actividad económica y el empleo.

De esa forma, el Banco de España prevé una tasa de paro que mejora respecto a la previsión, pero que se queda estancada en una tasa muy elevada para los años 2023 y 2024, en los que llega a empeorar entre 3 y 4 décimas, lo que denota que los efectos en el mercado laboral –siempre un indicador retrasado– pueden hacerse notar en los años venideros, con el agravamiento de una situación económica que parece empeorar por momentos y que se sujeta, en gran parte, de manera artificial, asistida por la ingente cantidad de gasto público y de una enorme liquidez presente todavía fruto de la política mone-



taria tremendamente expansiva del Banco Central Europeo.

La inflación la eleva de manera muy importante, hasta el 7,5% en 2022 desde el 3,7% previsto en diciembre –con la subyacente en niveles muy elevados– aunque la rebaja al 2% y al 1,6% para 2023 y 2024, respectivamente, probablemente de manera optimista, como optimista fue la previsión de diciembre para el conjunto de 2022. Ello muestra un empobrecimiento generalizado de la sociedad, con enorme pérdida de poder adquisitivo de los ciudadanos y una merma importante de la competitividad de las empresas, que desembocará en un menor consumo y menor producción, respectivamente, con impacto negativo en la actividad económica y el empleo.

Mejora el déficit y la deuda sobre el PIB, pero no porque se esté acometiendo un ajuste estructural del gasto, sino derivado de la inflación: por un lado, el sector público ve aumentar su recaudación al subir los precios, especialmente

ahora en los impuestos indirectos y, posteriormente, si suben los salarios, por la progresividad en frío del IRPF; por otro lado, porque el deflactor del PIB crece e impulsa el crecimiento nominal del PIB, que disminuye el cociente de déficit y deuda.

Todo ello, en medio de la incertidumbre sobre la evolución y duración de la guerra de Ucrania, con el impacto que ello puede tener en la energía y en determinadas materias primas, tanto de materiales como agrícolas.

Mientras el Gobierno se niega a apostar por la energía nuclear, que frenaría el crecimiento de los costes, condenando, así, a la pérdida de competitividad a la industria y de poder adquisitivo a los ciudadanos, con la inflación elevadísima que sufrimos y que está estrangulando a muchas familias y empresas. Todo hace que la pérdida de productividad se consolide, lo cual es un elemento nocivo para la economía española, porque hace que pierda mercados y oportunidades y, con ello, pone en riesgo el crecimiento y el empleo.

Los efectos reales sobre la economía son mucho más preocupantes que lo que muestran los datos macro. Ahora, con una inflación galopante desde hace meses; con un precio de la energía que muchas familias no lo pueden ya pagar; con un precio del carburante que hace que cada vez menos personas puedan utilizar su vehículo, tenemos una economía contra las cuerdas mientras el Gobierno no reacciona: ni baja impuestos –y podría bajar muchos, por ejemplo, todo el tipo general del IVA, no sólo a los carburantes, sin tener que pedir autorización a Bruselas, que sólo precisa si quiere reclasificar sólo a los combustibles, cosa que no necesita para bajar el tipo general a todo el grupo–, ni

acomete reformas energéticas, ni flexibiliza la economía –de hecho, la empeora, con la contrarreforma laboral–. Sólo trata de repartir unas subvenciones que de nada servirán, salvo para incrementar el gasto, el déficit, la deuda y presionar al alza la inflación al tensar más los cuellos de botella. Esto hace que la población pague cada vez más impuestos, aparte de por el incremento de los tributos, por el peor de los impuestos, que es la inflación, mientras aumenta la recaudación del sector público fruto del esfuerzo de los ciudadanos. En lugar de ayudarlos a llegar a fin de mes bajando los impuestos, aumenta los ingresos tributarios a costa del bienestar de los ciudadanos, hasta llegar a una situación que se vuelve ya asfixiante para muchos. Con ello, sólo logrará empeorar la economía, el empleo y la prosperidad de personas y empresas: el coste de las decisiones del Gobierno empieza a rezagar cada vez más a España.

Profesor de la UfV